

ACTOS IGNOMINIOSOS

El proceso de «apertura» al mercado mundial, dice un personaje de la novela de William Morris, *News From Nowhere*, «nos muestra la peor cara de los grandes vicios del siglo XIX, la utilización de la hipocresía y de los estereotipos para eludir la responsabilidad en la ferocidad ejercida en nuestro nombre». En lo que sigue siendo uno de los grandes exorcismos de la misión civilizadora europea, Morris denunciaba a «los locos homicidas y a los bandidos» de la conquista imperial, a los «aventureros ignorantes» que acabaron con las comunidades tradicionales, la brutalidad de abrir mercados, el expolio mediante el intercambio y el despiadado afán de beneficio: «las mandíbulas del monstruo salvaje», como lo expresa Morris, y «la esclavitud del trabajo pesado y desmedido». El sereno relato que hace Karl Polanyi de los horrores del mercado autorregulado en *La gran transformación*¹ —la catástrofe que llegó a las sociedades tradicionales a causa de la violenta disolución de sus estructuras institucionales básicas— parece, en comparación, casi suave y comedido.

Uno de los logros del extraordinario trabajo de Mike Davis, *Late Victorian Holocausts*, consiste en hacer que nos preguntemos si Morris y otros críticos revolucionarios de la *Pax Britannica* fueron lo suficientemente radicales². Davis ha desencadenado el más sostenido ataque al capitalismo victoriano en un siglo. Nos ha ofrecido una arqueología de la utopía del mercado, sacando a la luz los terribles costes, el «holocausto» producido por lo que Beatrice Webb llamó «el evangelio de los patrones», que subyacía al orden nacional victoriano. Por supuesto, es la figura del indigente posterior al sistema de Speenhamland³ lo que está en el centro de la descripción que hace Polanyi de la contradicción entre el mercado y la comunidad en los primeros años de la Inglaterra del siglo XIX. Davis ha proyectado esta miseria sobre la pantalla imperial del mercado mundial

¹ Ed. cast.: K. POLANYI, *La gran transformación*, Madrid, La Piqueta, 1989. [N. de la T.]

² Mike DAVIS, *Late Victorian Holocausts: El Niño Famines and the Making of the third World*, Londres y Nueva York, Verso, 2001.

³ Sistema de ayuda económica para pobres vigente en gran parte de Inglaterra hasta las leyes de pobres de 1834. Consistía en una renta mínima sufragada con las recaudaciones parroquiales, y fue criticada unas veces por alentar la holgazanería y otras por dar pie a los empresarios a recortar los salarios. [N. de la T.]

fin de siècle. Con esta aterradora ampliación, estamos obligados a testimoniar las muertes de unos sesenta millones de campesinos asiáticos, latinoamericanos y africanos que perecieron en el «genocidio colonial» que tuvo lugar entre los años 1870 y 1906. Pocas veces la violencia de la acumulación primitiva se hizo con tanta impunidad como en la carrera hacia la *belle époque*. *Late Victorian Holocaust* ha sido certeramente descrito como un verdadero libro negro del capitalismo liberal. Es también, tras décadas de suave rehabilitación, una fuerte acusación hacia lo que se llama la edad de oro del imperialismo.

News from Nowhere se publicó en 1891, durante lo que hoy conocemos como una de las más duras oscilaciones meridionales de El Niño (ENSO) de los últimos siglos. La sequía El Niño –o más exactamente la fase templada del componente activo del océano en toda la cuenca del Pacífico que produce una oscilación de la masa del aire y de la temperatura del agua– devastó China, Brasil, India y partes de África. Fue, de hecho, una tan solo de toda una serie de perturbaciones climáticas que tuvieron lugar simultáneamente entre los años 1876 y 1902 que proporcionaron el marco medioambiental para un trío mortal de crisis de subsistencia global en los períodos de 1876 a 1879, 1889 a 1891 y 1896 a 1902. *Late Victorian Holocausts* pretende mostrar, sin embargo, que el destino de la humanidad en el trópico entre 1870 y 1914 no estaba unido a los desastres naturales o a la escasez de cereales, sino que representaba –en palabras de Alfred Russell Wallace– uno de «los más terribles fracasos del siglo». Davis localiza dicho fracaso, la innecesaria pérdida de millones de vidas, en los cimientos del orden imperial tardío, en la economía mundial centralizada en Londres. Defiende que las crisis de subsistencia tienen orígenes sociales que se captan mejor a través de un triángulo de causas: una merma o pérdida de recursos ecológicos, una profundización radical de la pobreza doméstica y una insuficiencia de fondos estatales. Las hambrunas de la época no fueron meros accidentes de la historia climática, sino artefactos sobredeterminados del taller del *laissez-faire* capitalista, productos de una sutura letal de la utopía mercantilista con el neodarwinismo.

Davis quiere fijar la idea de que hay una densidad extraordinaria de inestabilidades medioambientales invisibles en la historia moderna. Aquí, el descubrimiento de las ENSO en la década de 1960 marcó un hito, pues aisló lo que ha demostrado ser *la* fuente fundamental de la variabilidad climática después del ciclo de las estaciones. Pero mientras Davis confirma las amplias y ramificadas consecuencias sociales de la oscilación de masas de aire sobre el océano Indo-Pacífico, es consciente de los peligros de reproducir la terrible lógica de una temprana política económica; es decir, el determinismo medioambiental del victorianismo tardío y su afirmación confiada, encarnada en los informes de la *Indian Famine Commission* de 1878, de que «la sequía causa el hambre». *Late Victorian Holocausts* plantea una impactante y severa crítica al tratamiento apocalíptico de El Niño que hace Brian Fagan en su libro *Floods, Famines and Empe-*

rors⁴. En el trabajo de Davis, lo que hay entre El Niño y las muertes por hambre no son «tierras superpobladas» –como Fagan sostiene en una visión notoriamente malthusiana de la hambruna del Sahel de la década de 1970–, sino la «hambruna organizada» producida por la explotación económica de los campesinos, la decadencia de las formas tradicionales de comercio, y la imposición formal e informal del patrón oro y los aparatos estatales coloniales. Lo que hizo tan devastadores los acontecimientos de las ENSO a finales del siglo XIX fue la vulnerabilidad crónica de millones de sujetos privados de derechos civiles y políticos, atrapados en la pobreza y el endeudamiento, cazados por la crudeza autoritaria tanto del mercado como del Estado. Las decenas de miles que murieron en Madrás en el año 1876, en Shandong en 1899, en el *sertão* brasileño en 1878, en Sudán y Egipto a finales de la década de 1880, no fueron víctimas del retraso tecnológico o de «la dejadez de sus vidas», según la repugnante descripción que hace Richard Temple del campesinado del Deccán, sino del avance de la maquinaria trituradora de los sistemas políticos y económicos modernos. El mercado, dijo Karl Kautsky en su gran tratado, *La cuestión agraria*, es «incluso más caprichoso e impredecible que el clima»⁵. Davis muestra cómo se entrelazan con resultados mortales tres grandes factores de imprevisibilidad: el clima global, los mercados mundiales y el imperio victoriano tardío. El capitalismo liberal funcionó como una gigantesca máquina de matar, que provocó la muerte por hambre de miles de campesinos y tribus que vivían de la tierra, y arrojó a muchos más a la desposesión proletaria.

En realidad, Davis ha escrito dos libros. Uno es una fascinante novela científica de detectives: el misterio decimonónico sobre las causas subyacentes a las sequías globales entre los años 1870 y 1900. La búsqueda del enigma de El Niño –la conciencia de que las precipitaciones normales de agua sobre el globo cambian, en respuesta a las oscilaciones de la presión del aire y de la temperatura del océano en la gran bomba climática del Pacífico ecuatorial– lleva a Davis al momento histórico del segundo libro: es decir, la economía política del hambre en el siglo XIX. La meteorología tropical, bajo esta luz, tenía sus orígenes en la Compañía de las Indias Orientales y su interés obsesivo por las conexiones entre el clima, la producción campesina y el volumen de producción de alimento. El Imperio británico creó los rudimentos de un sistema de observación global del clima en el cual, y sin ser sorprendente, la lotería anual de los monzones ocupa el primer puesto. En la época de la gran manifestación de El Niño durante la década de 1870, la teoría que prevalece sobre lo que ya se conocía como una serie de sequías planetarias interrelacionadas, se inclinaba por la variabilidad de la radiación. Stanley Jevons, uno de los padres fundadores de la economía neoclásica, intentó naturalizar

⁴ Brian FAGAN, *Floods, Famines and Emperors: El Niño and the Fate of Civilizations*, Nueva York, 1999.

⁵ Karl KAUTSKY, *La cuestión agraria*, París, 1900 [ed. cast.: *La cuestión agraria*, París, Ruedo Ibérico, 1976].

lo que él llamo «crisis comercial», ligando los ciclos del mercado a las manchas solares. La economía política, como Davis apunta irónicamente, se reveló como una rama de la física solar. Locuras de este tipo fueron barridas por los esfuerzos de Gilbert Walker, un experto en balística y un caso extraordinario de retentiva analítica, que sintetizó cantidades inimaginables de datos climáticos y descubrió en la década de 1920 las oscilaciones meridionales. Después de una interrupción, la búsqueda se reanudó en la década de 1960 cuando el protagonista de la historia de Davis, el climatólogo de la Universidad de California y Los Ángeles, Jacob Bjerknes, documentó un intercambio catalítico variable de energía entre el océano y la atmósfera que podía autogenerarse y automantenerse. Trabajos subsiguientes perfilaron las fases templada (El Niño) y fría (La Niña) de las ENSO y de forma más precisa la teleconectividad o «acoplamiento» entre el océano Pacífico tropical y el resto del sistema climático mundial (lo cual incidentalmente asentó las bases para exitosos modelos predictivos). Todo esto nos lleva a los sucesos El Niño de nuestro propio *fin de siècle* (1990-1995, 1997-1998) y a sus características peculiares, como el aparente desacoplamiento de las ENSO del monzón indio, que no carece precisamente de importancia. Si consideran difícil imaginarse interesándose por las oscilaciones de termoclinas y las convergencias intertropicales, lean a Davis: es algo emocionante.

El segundo libro, por así decirlo, proporciona lo que Davis llama una «política ecológica» de la hambruna victoriana tardía, que localiza sequías simultáneas en India, China y Brasil (sus tres casos estudiados), en una «interacción maligna entre procesos climáticos y económicos». Un hilo conductor de su narración histórica describe a campesinos marroquíes y aparceros tameses como ya reducidos a la miseria por los efectos de la larga depresión que se afianzó durante la década de 1870. Otro hilo muestra cómo murieron de hambre campesinos en Ceará y Oudh debido al comercio del grano y a que las autoridades coloniales retiraron deliberadamente los excedentes de grano local: entre el año 1875 y el año 1900 las exportaciones de cereal indio se triplicaron de tres a diez millones de toneladas por año. Y un tercer hilo, describe cómo la gestión de las ayudas alimentarias o bien estaba corrompida por las elites brasileñas locales, para quienes la sequía era un buen negocio, o fracasaba por culpa de los administradores británicos únicamente preocupados por maximizar la recaudación de impuestos. En 1902 un funcionario de Bombay afirmaba: «la recaudación debe recogerse a toda costa». Estos procesos dieron como resultado índices locales de mortalidad del 30 al 40 por 100 en el sur de la India, indicios de canibalismo y esclavitud en África y China, epidemias de cólera a raíz de la escasez de comida y el colapso de los recursos ecológicos comunitarios. Antes de esto, Davis destaca acontecimientos «coyunturales» como la rápida expansión del algodón o las recesiones del mercado, que podían precipitar y conformar localmente las crisis de subsistencia. Después, comienza a trabajar sobre «procesos estructurales más lentos», tales como la comercialización de la producción campesina, las exigencias del impuesto colonial, el impacto del patrón oro, el debilita-

miento de la capacidad de autosuficiencia local (por ejemplo, las prácticas indígenas de riego) y los corrosivos efectos del colonialismo informal.

Davis pone en relación a Kondratieff (ondas económicas largas), a Bjerkes (ENSO) y a Hobson (el nuevo imperialismo), y argumenta que las hambrunas actuaron como marco para la desposesión y el empobrecimiento, e incluso como incubadoras de conflictos políticos, resistencias y visones milenaristas. A raíz de El Niño, dice, llegaron «las cañoneras y los mesías», y una nueva ola de guerra colonial. Las calamidades de la época, ya de por sí bastante «genocida», también marcaron algo más: una ruptura histórica mundial, como un abismo sin precedentes que vino a separar Occidente y los mundos no occidentales. En una ocasión, Thomas Hodgkin escribió que, en el año 1700, entre Tombuctú y Oxford se habría encontrado mucho en común, como dos centros de aprendizaje cosmopolita; en 1900 la brecha entre ambas «había crecido hasta hacerse irrevocablemente profunda». En la India la renta per cápita permaneció estancada entre los años 1757 y 1947. Davis ha escarbado la historia secreta de esta gran división.

Teorías sobre la muerte por hambre

Durante las tres últimas décadas el hambre se ha convertido en objeto de un intenso escrutinio, impulsado tanto por el imaginario apocalíptico de la industria de la ayuda humanitaria —¿quién que estuviera entonces vivo puede olvidar la Etiopía de 1973?—, como por el enigma que la muerte masiva por hambre presenta para la economía neoclásica: ¿por qué elegirían los maximizadores racionales el camino de la muerte? Todo el trabajo de Amartya Sen, incluido su último libro *Development as Freedom*, efectúa una dura crítica, tanto de las doctrinas malthusianas —que él llama «reducción de la comida disponible»—, como de las premisas utilitaristas sobre el comportamiento humano⁶. Saturado con el lenguaje de la acción pública y del Estado del bienestar, de la desigualdad y la capacidad, el análisis de Sen se desplaza, en cierta perspectiva, hacia el institucionalismo de Coase, Williamson o North. Davis no se implica directamente ni con el trabajo de Sen ni con la literatura crítica del hambre como tal, pero *Late Victorian Holocausts* ofrece argumentos sólidos para repensar la noción de «derechos» y tomar seriamente aquello sobre lo que Sen pasa demasiado rápido en su clásico estudio de 1981, *Poverty and Famines*: «la estructura económica de clase así como los modos de producción en el país».

Sen parte de una asignación individual que es perfilada como una dotación de derechos, entendida como «el conjunto de cestas de bienes alternativos de los que una persona puede disponer» gracias a la utilización

⁶ Amartya SEN, *Development as Freedom*, Nueva York, 1999.

de diversas vías legales abiertas a alguien de su posición. Tales cestas de bienes otorgan capacidades concretas, a las cuales subyacen diferencias de bienestar. Las unidades básicas de análisis son los individuos y sus derechos, aunque haya una ambigüedad considerable y una falta de precisión cuando se traslada tales individuos a conjuntos sociales, tales como las familias, las comunidades o las clases. Su teoría del hambre aborda la microeconomía de la supervivencia o aquellas circunstancias en las cuales un fallo generalizado del derecho otorgado produce muertes individuales «en exceso». En el lenguaje del hambre que utiliza Sen, entendido como acontecimiento a corto plazo caracterizado por una pérdida aguda de alimentos de primera necesidad, ésta se produce porque «el conjunto de derechos no incluye ninguna cesta de bienes con el alimento suficiente».

Sen es capaz de mostrar cómo el hambre puede sobrevenir sin que se produzca un déficit en la comida disponible: cómo, a través de una generalización del intercambio de los derechos económicos adscritos a los individuos el hambre puede, vía los mercados, desplazarse de maneras complejas diferenciando entre grupos profesionales y clases de la población. En su Bengala natal, la Segunda Guerra Mundial desplazó los privilegios de ciertas clases profesionales con devastadoras consecuencias: cerca de 2,5 millones de muertes entre los años 1943 y 1944. En 1973 en Etiopía, a pesar de sus desesperadas reclamaciones, los suministros de comida no llegaron a los *wollo* afectados por la hambruna, ya que los precios no habían subido a medida que la muerte por inanición amenazaba: el poder adquisitivo de la población local de campesinos y trabajadores había caído con el descenso de la producción local de alimento. Inversamente, una hambruna «no ocurre necesariamente ni siquiera cuando existe una reducción de los alimentos disponibles». Los derechos pueden fallar de forma dinámica y de maneras muy diferentes: se producen hambrunas en momentos de «expansión» y de «recesión» económica. Sen pone el énfasis en que la provisión de alimentos nunca es irrelevante. Los derechos mismos están influidos, entre otras cosas, por el sistema alimentario, cuando cambia su propiedad directa o fluctúan los precios. El peligro real descansa en una atención exclusiva a la producción y a la disponibilidad de alimentos, que adormecen a los gobiernos con una complacencia soporífica que Sen denomina «optimismo malthusiano».

Sin embargo, *Late Victorian Holocausts* nos hace tener presente una vez más la lección de que el hambre, como fenómeno estructural –social e histórico–, no es reductible a una cuestión de derechos individuales⁷. Sen permanece aferrado a un modelo un tanto estrecho e individualista del comportamiento humano y su identificación de algunas de las causas pró-

⁷ Véase Michael WATTS, «The Great Tablecloth», en Gordon Clark, Maryann Feldman y Meric Gertler (eds.), *The Oxford Handbook of Economic Geography*, Londres, 2000; Ben FINE, «Entitlement Failure?», *Development and Change* 28 (1997), pp. 617-647.

ximas del hambre deja sin teorizar la razón por la cual afloran los derechos basados en la clase. Lo que él proporciona de modo realmente poderoso es sobre todo un análisis coyuntural de las fuerzas del mercado que pueden desplazar el acceso a la supervivencia y determinar *quién* muere de hambre –por ejemplo, los artesanos en lugar de los campesinos– y *por qué*. En teoría, Sen es muy consciente de que las dotaciones forman parte, en realidad, de una «red de relaciones de derechos» gobernada por la estructura de clase y por el modo de producción, pero en la práctica presta escasa atención a la economía *política* de la creación y destrucción de derechos. Aquí es precisamente donde Davis es más fuerte.

El dominio sobre los alimentos siempre depende de algo más que de derechos legales. A través de una variedad de emplazamientos culturales e históricos, los geógrafos (particularmente) han elucidado una panoplia de formas de interacción social –complejos modelos de obligación y coerción dentro de y entre comunidades, familias y sistemas estatales– que regulan el control de la nutrición. Tradicionalmente, tales normas informan sistemas de sociabilidad que se sitúan al margen de la ley construida rígidamente. La definición de derecho acuñada por Sen no es capaz de dar el peso adecuado a tales mecanismos y relaciones sociales, más especialmente a los derechos socialmente determinados (una economía moral, suministros indígenas para casos de emergencia), a los derechos no legales (motines por alimentos, manifestaciones, saqueos), o a transferencias sin derechos (caridad). De nuevo, Davis sí que atiende a todos estos elementos: desde un elaborado sistema de redistribución masiva como el Estado Qing, capaz de movilizar grandes graneros y embarcarse en mejorar infraestructuras a gran escala, a las protestas populares contra la subida del precio de los alimentos y su acumulación por parte de los comerciantes, o las formas flexibles de respuesta a las sequías y a la agroecología, capaces de aminorar las peores consecuencias de la variabilidad climática.

Davis no es el primero en reivindicar la existencia de la fuerza de las economías morales precapitalistas locales, capaces de tomar medidas de protección social adecuadas ante los desastres naturales. Por supuesto este tema es específicamente polanyiano. Pero al igual que James Scott y otros autores, que han puesto en relación éticas de subsistencia y reciprocidad entre pueblos con redes redistributivas de carácter estatal, corremos el riesgo de exagerar la solidez de tales medidas, y deducir demasiado de documentos históricos a menudo fragmentarios y ambiguos. El caso más convincente es el del sistema de suministros del alto Qing, con su cuadro de administradores cualificados, equipado con graneros bien gestionados, con una estabilización de precios en todo el país y unos trabajos hidráulicos incomparables. Davis utiliza el trabajo de Mary Rankin y otros estudiosos para mostrarnos cómo se desmorona esta estructura en China, a medida que el Estado Qing tardío, asfixiado por la crisis presupuestaria, abandona su papel de arquitecto hidráulico coherente y deja las responsabilidades administrativas en manos de notables locales corruptos, sumien-

do en el hambre a extensas zonas del país entre los años 1877 y 1899. No estoy tan convencido respecto de los casos de Brasil e India: frente a las múltiples deficiencias provocadas por las duras manifestaciones de El Niño, con la destrucción en amplias áreas que oscilaban entre la mitad y las tres cuartas partes de las cosechas o el diezmamiento casi total de la ganadería, no parece creíble que incluso el Estado Mughal o las peculiaridades de la economía moral en el *sertão* pudieran haber esquivado el desastre.

Davis acierta cuando hace hincapié en la infinidad de modos de respuesta y resistencia de los trabajadores, campesinos, comerciantes y funcionarios estatales frente a la escasez de comida. Las políticas de escasez generaron protestas contra el mercado, saqueos de comida, movilizaciones populares a gran escala e incluso cambios dinásticos. Pero el hambre pocas veces es la chispa de un estallido revolucionario: no puede esperarse una resistencia como tal en campesinos desnutridos al borde de la muerte. De hecho, el hambre casi siempre se rodea de un misterioso silencio. Las movilizaciones políticas en torno a la alimentación surgen con más probabilidad en los primeros momentos de la trayectoria de la crisis de subsistencia, cuando se disparan los precios y las normas consuetudinarias se ven comprometidas. Podría decirse que la conciencia de la hambruna tiene dos caras. Bajo algunas circunstancias, proporciona un lenguaje en el cual pueden articularse movimientos milenaristas e incluso revolucionarios. En otras, actúa como una especie de peso muerto que socava la vida literal y metafórica de las comunidades hundidas en una sumisión apática.

En muchos aspectos, el talante intelectual de *Late Victorian Holocausts* no está de moda. El discurso, la identidad, y la modernidad apenas aparecen, y en su lugar encontramos la armadura estructural de la naturaleza –oscilaciones climáticas, enclaves tropicales y convergencias intertropicales– articulada en la rugiente máquina marxiana, impulsada por el beneficio, la avidez y el poder de la lógica de las armas. Rosa Luxemburgo encuentra la tormenta perfecta. Davis hace un análisis comparativo y de alcance global, y consigue una magnífica narrativa. Su estilo es indignado y acusador; su sensibilidad y su imaginario son análogos a las visiones latinoamericanas más feroces: Eduardo Galeano por una parte, *dependentista*⁸ por la otra. Davis recurre a la concepción de Celso Furtado de la involución económica y de la «triple periferización» del noreste de Brasil para invitarnos a una lectura del orden imperial de las postrimerías del siglo XIX que recrea una ilustración de pesadilla de las consecuencias del desarrollo dependiente.

Tal estructuralismo histórico-mundial tiene necesariamente un coste. Aunque Davis es sensible a las complejas relaciones de clase y contrasta modelos

⁸ En castellano, en el original. [N. de la T.]

de acumulación en –digamos– Tami Nadu y el valle de Narmada, inevitablemente se pierden algunos de los matices internos y las tensiones de los Estados coloniales y semicoloniales de la época, como se pierden los detalles de lo que podría llamarse las dinámicas del hambre en sí mismas, con sus diferentes historias de vida y muerte. A veces, y a pesar de sus mejores intenciones, Davis tiende a ver por todas partes las huellas de las ENSO y los aspectos asesinos de la era victoriana tardía. Parece dudoso que la huella de El Niño pueda ser percibida incluso en los militantes de la marcha de Yen-an de Mao o en los insurgentes mozambiqueños. Hay signos de una inclusividad cuestionable en *Late Victorian Holocausts*, cuando amalgama enormes bloques de historias regionales diferentes bajo el gran arco de las hambrunas de El Niño. Leer a Davis a toda máquina es una experiencia que induce a la reflexión. No obstante, a medida que aumenta el número de muertos, que las regiones son devastadas y el ecocidio sigue su marcha, aparece una especie de claustrofobia analítica que el carácter estructural del argumento y la enérgica prosa hacen poco por remediar. Davis deja permanentemente claro que las últimas décadas del siglo XIX registraron una serie de catástrofes de proporciones épicas, pero tiende a pasar por alto que ciertas estimaciones del daño ecológico y de la mortalidad local son a menudo claramente poco fiables. *Late Victorian Holocausts* termina muy bruscamente, sin nada parecido a una coda o a una conclusión teórica. Puede que un mayor esfuerzo formal por sistematizar las dinámicas comparadas del hambre en China, India y Brasil, dentro de una globalidad articulada por El Niño y el mercado mundial, hubiera aminorado la aplastante sensación de fatalidad histórica que impregna todo el libro.

Muy acertadamente, la India figura en el centro del relato de Davis. Allí estaba el «laboratorio utilitarista» en el cual las vidas eran despiadadamente apostadas contra la idolatría del mercado. Los malos eran el demente Lord Lytton, y otros del estilo de Lord Elgin, Lord Salisbury y Richard Temple, convertidos todos a la religión del mercado libre, en el nombre de la cual se desviaban fondos sociales hacia las operaciones militares en Afganistán, se recaudaban onerosos impuestos personales en medio de pobres cosechas, se recortaban las raciones liliputienses de comida de los campesinos hambrientos amotinados en Madras para hacer aplicable la disciplina presupuestaria o se reprimía la dejadez de los campesinos gujaratis. Y aún había alguien más tras la figura de los políticos y los administradores: el análisis de Davis, que reúne las críticas al siglo XIX del nacionalismo indio radical y los mejores trabajos históricos contemporáneos de académicos como Ludden, Washbrook, Banji o Satya, está impregnado por la presencia espectral de Thomas Malthus, que se cierne como un manto mortuorio para cubrir el holocausto indio.

Éste es un tema que de hecho podría expresarse más. En realidad fue Malthus, más que Smith o Mill, quien dotó de autoridad sacerdotal a las políticas de Curzon y compañía. Emma Rothschild, David McNally y Christopher Herbert han señalado correctamente que, en su época, Adam

Smith era considerado un amigo de los pobres, un librepensador que quería laicizar la moralidad, una voz a favor de la libertad en el sentido más amplio, no sólo de mercado⁹. Pero en las primeras décadas del siglo XIX, muchas de sus ideas habían sido descartadas, mientras que Malthus se convertía en el cerebro de la «gran transformación», fundando las medidas políticas y económicas en las estrictas leyes de la naturaleza: población y subsistencia. En cierto sentido, Malthus fue el primer político ecologista.

Malthus, que publicó la primera edición de su *Essay on the Principle of Population* en 1798, se opuso no sólo a las ideas de la Revolución francesa —una «ebullición de pasiones desagradables», como él lo expresa—, sino también a la misma noción —«argumento engañoso»— de un derecho a la subsistencia. Lo que actuaba como impulso de la industria y, de hecho, de cualquier clase de progreso, era el miedo a la inseguridad, y las leyes de pobres inevitablemente lo socavaban, ya que constituían «una forma de ayuda sistemática y segura de la cual los pobres podrían depender confiadamente». El logro de Malthus fue construir un discurso que no sólo minó el terreno de las teorías radicales de los derechos que tenían su origen en Thomas Payne, sino que explicó por qué las estructuras básicas de la sociedad se mantendrían siempre inalteradas. El miedo, había dicho Adam Smith, era un «instrumento miserable de gobierno». Malthus, por el contrario, estaba sobrecogido por una irreductible clase de miedo: preferiría por el contrario someterse, según escribió, «a una gran opresión antes que dar la más mínima concesión al tumulto popular». Éste fue el espíritu con el que Lytton y sus secuaces gobernaron el subcontinente indio. La *Indian Famine Commission* de 1878-1880 concluyó que la distribución de grano a los necesitados «llevaría a la doctrina de que están legitimados en todas las ocasiones para recibir ayuda... lo cual no podemos contemplar». El hambre era la respuesta de la naturaleza a los sobre-reproducidos indios; la sequía era el determinante normal de la muerte y la vida social.

Los nuevos malthusianos de Washington

Malthus no sólo atraviesa el relato que Davis tiene que contar: cada año renace como fénix de las cenizas de la opinión general y académica. El cambio de milenio ha visto, como era de esperar, una verdadera oleada de especulaciones neomalthusianas sobre la futura pesadilla de nuestro planeta superpoblado cuando llegemos (si llegamos) al siguiente.

⁹ Emma ROTHSCHILD, «Social Security and laissez faire in eighteenth-century political economy», *Population and Development Review* 21 (1995), pp. 711-744; David McNALLY, *Against the Market: Political Economy, Market Socialism and the Marxist Critique*, Londres, 1993; Christopher HERBERT, *Culture and Anomie: Ethnographic Imagination in the Nineteenth Century*, Chicago, 1991.

Progress, Poverty and Population, de John Avery, cargando las tintas para celebrar el tricentenario del *Essay* del pastor, anuncia que «la lógica de Malthus definitivamente nos ha alcanzado», y, llevando mucho más lejos la miseria y el vicio de los que Malthus se lamentaba (nada menos que una «catástrofe ecológica, posiblemente combinada con la guerra y otras alteraciones» que llevará «el hambre y la muerte a un nivel sin precedentes en la historia») prevé «una catástrofe de proporciones inimaginables, que afectará, no a millones, sino a miles de millones de personas»¹⁰. El resurgir del malthusianismo tiene, al menos, dos variantes contemporáneas. Una rama influyente procede de Harvard, donde, feliz por el triunfo de la terapia de choque en el bloque postsoviético, Jeffrey Sachs defiende que el Tercer Mundo es una víctima de «la ecología del subdesarrollo»¹¹. Los países pobres muy endeudados son Estados «tropicales o desiertos», con los altos índices de enfermedad y mortalidad que se asocian a los climas cálidos. La malnutrición endémica aquí está enmarcada por una especie de doble movimiento: en un extremo, el crecimiento de la población; en el otro, la deficiencia medioambiental, «siendo los trópicos inherentemente menos productivos en la cosecha anual de alimentos», más sometidos a sequías y a otras perturbaciones naturales.

Más espeluznante todavía es una segunda rama del malthusianismo verde. En su influyente ensayo publicado en la *Atlantic Monthly*, y en su libro *The Coming Anarchy*, el periodista Robert Kaplan evoca imágenes surrealistas de un continente africano en crisis apocalíptica: superpoblado, desnutrido, y conducido a la violencia bárbara por poderes irracionales del mundo espiritual¹². Aplastado bajo el insostenible peso de las presiones «ecodemográficas», África era, una vez más, el «continente oscuro». Pero la anarquía que viene no se limita a África: para Kaplan, es endémica al mundo en desarrollo, tal y como sus estancias fugaces en Camboya, Irán, Rusia y Asia central lo ratificaron. Las políticas exteriores estadounidenses tendrían que enfrentarse de ahora en adelante con «agitaciones de la población, la propagación de enfermedades, la deforestación y la erosión del suelo, el agotamiento del agua, la polución del aire, y posiblemente la subida del nivel del mar». Estos desarrollos irían unidos al disparo de las migraciones masivas e incitarían a los conflictos étnicos. A las pocas semanas de publicarse, el subsecretario de Estado Tim Wirth había enviado por fax una copia del escenario de Kaplan a cada una de las embajadas de Estados Unidos en el mundo, y algunos de los más altos cargos de la ONU discutían sus implicaciones a puerta cerrada. Posteriormente, Kaplan fue invitado a la Casa Blanca, donde Gore defendió *The Coming*

¹⁰ John AVERY, *Progress, Poverty and Population: Re-reading Condorcet, Godwin and Malthus*, Londres, 1997, pp. 100, 101 y 105.

¹¹ Jeffrey SACHS, Andrew MELLINGER y John GALLUP, «The Geography of Poverty», *Scientific American* (marzo de 2001), pp. 70-75; véase también Ricardo HAUSSMAN, «Prisoners of Geography», *Foreign Policy* (enero de 2001), pp. 44-55.

¹² Robert KAPLAN, *The Coming Anarchy*, Nueva York, 2000.

Anarchy como un ejemplo del tipo de pensamiento verde que la nación necesitaba. Clinton, en su conferencia en la Academia Nacional de Ciencias del 29 de junio de 1994, invocó específicamente el artículo de Kaplan, y el trabajo «más académico» de Tan Homer-Dixon, como guía de una nueva sensibilidad hacia temas de «seguridad medioambiental»¹³.

En el mismo año, Jame Woolsey, director de la CIA, y William Perry, secretario de Defensa, explicaban que «un programa medioambiental agresivo es fundamental para la misión defensiva». Se creó un cargo de director General para los Asuntos Medioambientales Globales en el Departamento de Estado, y los peligros de la degradación ecológica, la escasez de recursos y la superpoblación fueron introducidos en la agenda del Consejo Nacional de Seguridad. En el interregno geopolítico de la década de 1990, la seguridad medioambiental y la prevención de la «guerra verde» llenaron un vacío histórico. El Pentágono se apresuró a presentarse a sí mismo como el intachable abogado del desarrollo sostenible y –olvidándose de su legado tóxico masivo en el oeste estadounidense– «el líder federal en la actuación a favor de la protección y la observación medioambiental», como lo expresó una vez Richard Cheney. La seguridad medioambiental es ahora el adorno de rigor en el manto democrático del militarismo estadounidense. Si Litton y Curzon vieron a las hambrientas masas de Madrás como modelos de holgazanería y como desventuradas víctimas de la sequía, en Washington, el ejército de miopes responsables del diseño de las políticas ve la matanza genocida en Ruanda y la insurrección campesina en Chiapas como la anarquía generalizada producida por «presiones ecodemográficas».

Late Victorian Holocaust toca a su fin en la primera parte del siglo xx. Cuando se termina, a uno le queda la pregunta: ¿qué ocurre con el orden posvictoriano y poscolonial que siguió y *su* relación con El Niño y el hambre? Cualquier respuesta tendría que enfrentarse, por una parte, con las grandes hambrunas socialistas –la URSS en la década de 1930, China a finales de la de 1950, Corea del Norte en la de 1990– y, por otra, con el abismo del África poscolonial. Davis apunta de paso que El Niño debe haber jugado algún papel catalítico en China y la URSS, pero nuestra comprensión de las relaciones entre la acumulación socialista, el Estado-partido y el hambre masiva está lejos de ser completa. Invocar la alta modernidad del Estado soviético, como hace recientemente James Scott en *Seeing Like A State*, la hipertrofia de la extracción centralizada de los recursos, la rígida utopía del Plan –en el sentido que él le da, no en el de la utopía del mercado que Davis describe– de alguna manera nos lleva hacia una solución; pero nos deja faltos de una explicación completa de por qué 40 millones de personas perecieron en China entre los años 1958 y 1961¹⁴.

¹³ Tad HOMER-DIXON, *Environment, Scarcity and Violence*, Princeton, 1999.

¹⁴ James SCOTT, *Seeing Like a State*, New Haven, 1999.

El África subsahariana, epicentro del hambre en los últimos treinta años, representa, al mismo tiempo, una ilustración del argumento general de Davis y un alejamiento del mismo. La gran hambruna en el Sahel de finales de la década de 1960 y principios de la de 1970, que devastó una gran parte del África occidental, es un ejemplo de libro de texto del impacto de El Niño en escenarios que el mercado ha hecho vulnerables a carestías imprevistas. Algunos de los análisis del marxismo francés de aquella época realizados por Claude Meillassoux y por el *Comité du Sahel* prefijan el esquema de Davis, incluso en su cuidadosa atención a la forma en la cual diferentes tipos de mercados pueden redefinir el mapa de clase de la seguridad alimentaria (en interés de una revelación completa, permítaseme decir que me esforcé para sostener precisamente este argumento en *Silent Violence*, un libro del que Davis hace uso, publicado hace veinte años). Pero el hambre en África de las décadas de 1980 y 1990 está bañada por una luz muy diferente. Los acontecimientos de El Niño están en el centro de cualquier comprensión total de estas crisis, al igual que la imposición de programas de ajuste estructural por el Banco Mundial y por el FMI ha continuado la tradición de miopía ideológica que se remonta a Lytton y a Temple. Lo radicalmente diferente, sin embargo, fueron dos nuevos desarrollos: por un lado, la propagación de guerras civiles e interestatales –muchas inexplicables fuera de las geopolíticas de la Guerra Fría– en las cuales la violencia política y la del mercado van de la mano; por el otro lado, la génesis de la industria global humanitaria, el negocio de la ayuda contra el hambre, que prende después de la guerra de Biafra. La rebelión de los bóxers y los primeros esfuerzos de ayuda protagonizada por los socialistas no fabianos tienen sus sustitutos, un siglo después, en la RENAMO sostenida por Sudáfrica en Mozambique, y en BandAID y la «internacional humanitaria», como Alex de Waal describe la industria de la ayuda humanitaria ante situaciones catastróficas¹⁵.

Durante este período, África continuó padeciendo sin parar una serie de pinzas homicidas, atrapada entre El Niño, la austeridad impuesta por el mercado y la inseguridad neoliberal, una crisis del Estado-nación poscolonial, a menudo agravada por las políticas demoleadoras de la Guerra Fría, y un irresponsable sistema de ayuda humanitaria. El coste: quizá de tres a cuatro millones de muertes por hambre, quizá veinte millones de refugiados, y una esperanza media de vida más baja en el año 2001 que en 1960. África ha sufrido tanto la lenta tortura de la malnutrición extrema como el repentino diezamamiento por la mortalidad masiva y el hambre. Siguiendo a Brecht, podría decirse que la muerte por hambre puede ser «organizada» de formas muy variadas. Existen holocaustos modernos y posmodernos bien diferenciados.

El término en sí mismo es, por supuesto, ambiguo: su significado real –sacrificio ritual– es una calificación tan inapropiada para el genocidio,

¹⁵ Alex de WAAL, *In Famine Crimes: Politics and the Disaster Relief Industry*, Oxford, 1997.

como el uso, deplorado en una ocasión por Raymond Williams, de apocalipsis –revelación– para la guerra nuclear. Davis lo despliega con un poderoso efecto polémico contra el sistema del que desciende nuestro orden social. Su libro nos da razones para pensar cuidadosamente en los crímenes del capitalismo, y en las formas bajo las que se formulan tradicionalmente la manufactura del hambre y de la muerte por inanición en las historias institucionales como *The Wealth and the Poverty of Nations*¹⁶, de Davis Landes. Pero al extender las nociones de genocidio se corre también un peligro; en el análisis de Davis hay una desafortunada confusión entre los «errores de las políticas aplicadas», la imprudente desconsideración por la vida y el proyecto deliberado de erradicar a la población. La hambruna que padeció Ucrania entre los años 1931 y 1933 no fue un ejemplo, en este sentido, de los impulsos genocidas de Stalin, y las hambrunas de finales del período victoriano, si bien son silenciosas denuncias de un orden político, no son todas de una pieza y se resisten a una clasificación general como «equivalentes morales de las bombas [atómicas] arrojadas a 18.000 pies de altura». Pero basta con mirar las terribles fotografías de las víctimas del hambre que siembran el libro –evidencia del primer uso de las cámaras baratas Kodak *Number One* con el fin de educar a la opinión pública nacional sobre los desastres en las colonias– para reconocer la fuerza de la acusación de Davis. A los pocos trabajadores y campesinos indios que tuvieron la suerte de recibir la ayuda alimentaria del Estado colonial británico en la década de 1880 –el así llamado *Temple Wage*– se les dio poco menos que la ración diaria de Buchenwald en 1944. La conquista de la tierra y la desposesión de quienes tienen «complexiones diferentes y narices más planas que las nuestras», observa el Marlow de Conrad en el *Corazón de las tinieblas*, «no es una cosa bonita si la miras demasiado».

Tampoco lo es nuestro propio mundo poscolonial. Según el Informe del Hambre, el número de seres humanos expuestos al riesgo de sufrir una hambruna se acercaba a los 200 millones durante la década de 1990. Actualmente, cerca de 840 millones de personas consumen tan poca cantidad de comida que sufren desnutrición calórica, lo que provoca deficiencias antropométricas y riesgo de dañar su desarrollo. Aún así, las cifras del consumo global de alimentos alcanzan las 2.720 calorías diarias por persona, que bastarían para todos si fueran distribuidas de acuerdo a la necesidad. El descubrimiento de El Niño, un avance científico de importancia fundamental, alentó una vez más el naturalismo galopante que Davis rastrea en el mundo victoriano tardío. Lo que hoy domina la imaginación popular, es un catastrofismo medioambiental –«la venganza de la naturaleza»– en el cual, los inmensos poderes del sistema de supervivencia del planeta nos contraatacan. La viralización de la selva tropical africana (el ébola), la comida de Frankenstein (el mal de las vacas locas), el

¹⁶ Ed. cast.: D. LANDES, *La riqueza y la pobreza de las naciones*, Barcelona, Crítica, 1999. [N. de la T.]

recalentamiento global («desaparición» de las islas Marshall) y la renovada fascinación por los acontecimientos climáticos extremos (la tormenta perfecta), se entrelazan con el imaginario fascinador de los aparatos de alta tecnología y los sistemas de satélites sobre la Tierra.

Todo esto podría ser más o menos alarmante, pero cada uno de estos discursos, típicamente inmersos en el vocabulario del riesgo, nutren la gran máquina semiótica que naturaliza las consecuencias de la explotación social. Por supuesto, Amartya Sen podría argumentar que una prensa libre y una sociedad civil global («internacionalismo humanitario») ofrecen un baluarte contra cualquier repetición de las hambrunas globales que Davis ha desenterrado. Pero yo no apostaría por ello. Hay poco en *Late Victorian Holocausts* que sugiera que la violencia silenciosa de la malnutrición generalizada y crónica, si estallara repentinamente por un El Niño severo, no desencadenaría un cataclismo para millones de pobres del Tercer Mundo. Una cosa es cierta: un vasto segmento de la humanidad permanece expuesto, no sólo a los caprichos del clima, sino al incierto humor del mercado mundial.